

Título de la comunicación: La tentación política del filósofo

Sección temática 5: Filosofía, política e historia

Valerio Rocco Lozano

Profesor de Historia de la Filosofía Moderna de la Universidad Autónoma de Madrid,  
Doctor en Filosofía de la Historia,

Correo electrónico: [valerio.rocco@uam.es](mailto:valerio.rocco@uam.es)

Resumen de la comunicación:

La presente contribución tiene como objetivo el análisis de un caso de *translatio studiorum* acerca de un *tópos* fundamental de la historia del pensamiento: el compromiso político del filósofo, declinado aquí, de manera neutra, como lo que podría llamarse “la tentación de la política”. Esta tentación nace de la naturaleza misma de la filosofía política, y su esfuerzo por aprehender conceptualmente el mundo social en el que cada pensador está inmerso, y ponerlo a prueba en virtud del criterio de justicia adoptado teóricamente en cada caso. Ante el resultado, casi siempre negativo, arrojado por este enjuiciamiento de las formas de convivencia humanas a diferentes niveles, el filósofo puede sentir –y de hecho muy a menudo siente– el impulso por transformar la realidad en base al concepto, de adecuar el ser, o mejor, lo existente, a ese deber ser que le muestra la racionalidad, el concepto, la idea. Si toma esta vía de la inmediatez, el filósofo cede al embrujo de la política.

En este sentido, la ponencia analizará en primer lugar cómo en la *Carta Séptima* de Platón se narra, como una admonición a los lectores para que no cedan a esta tentación, precisamente la experiencia de ingenua y decidida apuesta por la intervención directa en la vida política.

A continuación, nos detendremos en el comentario de Hegel a este pasaje en sus *Lecciones sobre historia de la filosofía*: Hegel justifica el comportamiento de los que responden con violencia o con burlas a la pretensión del filósofo de gobernar, al intento de liberación de los prisioneros por parte del que ha regresado a la caverna: «puede considerarse, sin duda, una gran arrogancia esto de postular que se confíe a los filósofos el Gobierno de los Estados». Hegel explica este juicio aseverando que Platón vivía aún en un contexto político en el que eran decisivas las *personas* concretas que ocupaban el Gobierno, que podían con su arbitrio orientar la administración de lo público hacia una dirección o hacia la opuesta. En cambio, dice Hegel, en nuestros días, el desenvolvimiento de la racionalidad en la historia, y en concreto en la constitución política interna y externa de los Estados, sigue su propio curso, independientemente de los individuos concretos, filósofos o no, que ocupen el poder.

Como culminación de esta *translatio studiorum*, se analizará un conocido texto de *Esferas de la justicia* de Michael Walzer en que se subvierte el mito de la caverna platónico, y en el que el principal blanco de la crítica es el liberalismo político de matriz rawlsiana, que en este rasgo de abstracción hunde sus raíces en la figura del sujeto trascendental de Kant. Frente a una cierta superioridad del individuo-filósofo sobre su propia comunidad, compartida, a pesar de los matices, por autores tan diferentes entre sí como Platón, Hegel, Kant y Rawls, en virtud de la apelación a principios universales,

según Walzer, la opinión de *todos* los ciudadanos es la que debe ser tomada en cuenta a la hora de legislar: lo que cuenta en la legislación no es tanto si ésta se ajusta a criterios formales de justicia o a principios universales, sino que sea la expresión *efectiva* de la voluntad concreta de un pueblo, y no de un puñado de filósofos que abandonan su papel de ciudadanos para defender, por poner un ejemplo nada casual –y por cierto muy actual–, la *mentira noble*.

Tras haber comparado las posturas de Platón, de Kant, de Hegel y de Walzer acerca del compromiso político de la filosofía, nos preguntaremos –para concluir– cómo debe articularse y en qué puede consistir «la tentación política del filósofo». Dado que el principal problema de nuestras sociedades parece la falta de posibilidades de participación política, esto es, desde un punto de vista lógico, la progresiva desaparición de instancias particulares que medien entre el polo de la universalidad (esto es, de la toma de decisiones políticas) y de la individualidad (esto es, de los ciudadanos que las padecen), la filosofía debería erigirse en una de estas posibles correas de transmisión, en uno de los vínculos mediadores entre ambas instancias. Exactamente al revés de lo que proponía Kant (que sugería que el filósofo debía condicionar por arriba y por abajo para lograr que estos movimientos opuestos de imposición desde la política y de reivindicación desde el pueblo coincidieran) el filósofo debería quedarse justo *en* (el) *medio*. Volviendo a la metáfora platónica y a su reinterpretación por parte de Hegel y de Walzer, no debe regresar a la caverna ni tampoco quedarse en el umbral para contemplarla desde arriba, porque sencillamente no debe salir de ella. Como un guía espeleólogo metódico, debe procurar formular una cartografía conceptual de la caverna en la que vive, estudiar a fondo la sociedad y los mecanismos de toma de decisiones en su contexto. Debe denunciar la irracionalidad y la injusticia de lo meramente existente, animando a su transformación en lo plenamente racional, en lo que puede satisfacer las demandas de una sociedad igualitaria, libre y justa. Debe presentar las diferentes opciones políticas en juego, intentando permanecer neutral –pero no por ello indiferente– entre ellas, y en ningún caso situándose por encima de sus conciudadanos. La salida de la caverna de la injusticia y el engaño se convierte así en una obra colectiva, no en una empresa individual: no hay un ciudadano que salga de la caverna, sino que el pueblo en su conjunto decide –en su caso– volarla, abrirla desde dentro, haciéndola saltar por los aires de manera controlada.

Si se adopta esa postura walzeriana, si se entiende la filosofía como una actividad formal de interpretación de significados, condición de posibilidad de la transformación radical del mundo, entonces la intervención de la filosofía en política dejará de suscitar las burlas y la violencia descritas por Platón ante estas pretensiones del filósofo, ante su tentación política. La única risa que deben provocar estos intentos es lo que Hegel ha denominado «la carcajada de burla sobre lo existente»: esa contagiosa hilaridad que surge en una sociedad cuando se hace patente que las estructuras políticas vigentes, anquilosadas, ya no están a la altura del concepto, por lo que deben ser transformadas, dinamitadas desde dentro.